placer, el otro de inmenso dolor. Teresa dejó la rosa sobre un velador.

—Esta mujer es una virtud, le dijo el crítico á Madisson.

—Ya voy pensando, contestó éste, que los antiguos extravíos de Teresa son únicamente parto de la imaginación de Panfili Doria, que fué quien me los contó.

EL PRIMER BESO.

Al día siguiente encontramos almorzando en el Café Americano á Madisson, á Palákis y á nuestro joven crítico. No extrañen nuestros lectores que no sepamos el nombre del crítico; para críticos de esa especie, cualquiera nombre es bueno. Críticos que no gustan de nada, y que nada hacen tampoco, pueden vivir sin nombre; que solamente en las obras quedan los nombres esculpidos.

—Buen desaire le hizo á usted Teresa, decía el crítico á Job; dejó la rosa en el velador, como hubiera podido arrojarla á la chimenea. Pero antes nos había hablado de que la conducta de usted la comprometía: es usted un imprudente, sobre todo cuanto es inútil, pues Teresa es una virtud. Ya sabe el suceso todo París: por honra de Teresa hemos debido contarlo. Usted no tiene más remedio,

para salvarse del ridículo, que salir mañana para Grecia.

—Sí, contestó Palákis, mañana vuelvo á mi patria.

Díjolo con firmeza; pero su voz no vibraba triste, como se hubiera esperado, sino que parecía que en ella se agitaban oleadas de felicidad: era que en su alma brillaba como arco-iris el arco de los labios de Teresa, iluminado con la luz de su fugitiva sonrisa.

—Me alegro de que se vaya Job, dijo Madisson, pues hubiera tenido que matarle si conquistaba á Teresa. Seguro estaba yo de que, como buen caballero, habría venido á buscarme para que nos batiéramos.

—Por fortuna, replicó Palákis, parto mañana.

Concluyó la comida, y nuestro protagonista fué á su hotel á arreglar su viaje. A las diez de la noche, salió á pie y solo, torció por la calle Auber y tomó la dirección de la casa de Teresa, que no trabajaba esa noche.

Teresa estaba sola en su saloncito, y procuraba leer una novela; pero á cada paso, y sin saber por qué, interrumpía su lectura. Su rostro reflejaba inusitada alegría. Entre sus negros cabellos, brillaba la rosa amarilla, como rayo de oro de sol entre nubes de tinieblas.

De pronto se abrió la puerta, y penetró Job.

—Job, le dijo tendiéndole la mano.

Por primera vez le llamaba Job. ¿Por qué? ¿Lo sabía ella acaso?

—Vengo á despedirme, dijo Job.

—¿A despedirse?

—Sí; mañana vuelvo á Grecia. Hoy he sabido que mi presencia en París ha dado lugar á suposiciones que la ofenden á usted; y por usted soy capaz de sacrificar mi vida, más que mi vida, mi felicidad.

Teresa callaba: tremendo combate se libraba en su alma; su faz estaba pálida; no se oía su respiración.

—Pero llevo en el alma un mundo de felicidad, continuó Job. Ilumina mi corazón, con fuegos más hermosos que los astros del cielo, aquella primera mirada que dejó usted caer sobre mí al conocerme, y que inundó de luz todo mi sér, como sol que inunda de fuego todo el Océano.

Teresa temblaba, su respiración comenzaba á oirse, sus mejillas se iban sonrosando.

—Llevo, siguió Palákis, una sonrisa que yo solamente he visto, y que guardada en el fondo de mi alma, será allí aura refrescadora en el desierto de mi vida.

La emoción de Teresa crecía.

—Y llevo, en fin, dijo Job en un momento de resolución, todo el amor de usted. Testigo es esa flor, que guarda usted entre sus trenzas, como mi cariño en el fondo de su alma.

El rostro de Teresa estaba encendido; su corazón palpitaba precipitado, y oíanse sus latidos; sus ojos se llenaron de lágrimas y de miradas de fuego.

—Sí, Job, adiós, le dijo con supremo esfuerzo.

Silenciosos, pero temblando, salieron hasta la puerta. Por la parte obscura de la escalera, subía Felipe. Un negro presentimiento le había hecho volver veloz á la conclusión de la ópera.

Al verlos, sintió vértigo de matar; pero tuvo miedo, miedo espantoso al presidio; y quedó como clavado en su lóbrego rincón.

Job abrió los brazos para despedirse de Teresa: ésta se arrojó en ellos; sus corazones palpitaban juntos, y sonaban como péndulo del reloj de una eternidad de dicha. Job quiso separarse; y entonces Teresa, tomándole con ambas manos la cabeza, le vió con delirio en los ojos; sus labios se unieron en el éxtasis de un beso; y como eco, contestó un gemido ahogado de Felipe.

LA PRIMERA LAGRIMA.

Job no partió.

En el misterio del secreto, en cielo convirtieron su existencia Palákis y Teresa. Todo el mundo ignoraba su felicidad. Job no volvió á la casa de la calle de Tronchet; nadie le vió más en su butaca de los Italianos; y las gentes creyeron á ciegas que había sido el más desgraciado de cuantos se acercaron á la famosa bailarina.

Solamente un hombre conocía sus amores; solamente una sombra los seguía por todas partes: el gran Felipe. En su corazón se habían desarrollado inmensamente dos opuestas pasiones: odio sin límites para Job, amor infinito para Teresa. Quería vengarse del primero; pero temía perder á ésta. El amor de Felipe á Teresa, salvaba á Job de su odio.